

Clara Voghan

*Elegir
al mentiroso*

edición digital



© Clara Voghan, 2008

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados.

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO III

Paula miró su reloj, y se escurrió con cuidado por la entrada de la cocina.

“Lo último que necesito es encontrarme con Cárdenas”, se dijo mientras acababa de cerrar los cuatro cerrojos de la puerta. Pero fue todo cuestión de que terminara de pensarlo, y se diera vuelta, para aterrizar de lleno en los brazos de aquel galán tan temido.

¡Cárdenas!

Otra vez aquel maldito estremecimiento, y ese reclamo entre sus piernas.

Últimamente su jefe se había tomado la mala costumbre de circular por la casa sólo cubierto por unos pantalones livianos. Descalzo, se desplazaba por allí como un fantasma, y la pobre muchacha nunca podía estar segura por dónde iba a aparecer.

—Por fortuna para ti, Berta, no acepté la apuesta. Son las once, y tu horario se inicia a las diez —le reprochó en tono suave, reteniéndola. Pero la muchacha se soltó de inmediato.

—Esta noche me quedaré una hora más, para compensar mi demora.

Cárdenas sonrió.

—¿No tendrías que usar ese tiempo para enterrar el cadáver de Clark Kent? Desde aquí se huele el aroma de la kriptonita. Apuesto a que liquidarlo no fue fácil.

—Usted apuesta demasiado, pero creo que dentro de la descripción de tareas de mi nuevo trabajo no figura la amistad. Preferiría mantener las distancias entre usted y yo.

Otra vez aquella sonrisa.

¡Engreído!

Pero Cárdenas dio un paso más. Literalmente un paso más. Se aproximó hasta ella, y casi al oído, le susurró.

—¿Temes que intente seducirte?

Era fácil comenzar a temblar ante aquella cercanía. Su presencia, tan masculina y fuerte. Su olor varonil...

Pero Paula no era tan estúpida, así que tomó distancia, lo miró con desdén, y declaró en tono fuerte:

—Jamás me atrevería a pensar algo semejante. Pero recuerdo a la perfección su advertencia del primer día, acerca de su influjo sobre las mujeres. Y si vamos a trabajar juntos, a ninguno de los dos nos conviene que yo caiga víctima de él, ¿no le parece? —exclamó con un tono frío y

expedito, más propio de quien habla de negocios, que de una cuestión romántica.

Cárdenas volvió a sonreír. Y si la respuesta de ella, por impertinente, había logrado enojarlo, no dejó que se trasluciera.

—Sirve el desayuno —le ordenó antes de retirarse.

¡Uff! Aquello no iba a ser nada fácil.

Como todas las mañanas, Paula encendió los monitores de vigilancia. Pero, a diferencia de otros días, esta vez la figura de alguien extraño apareció en una de las pantallas. Claro que no se sobresaltó. Ningún ladrón entraba a robar cubierto sólo por una braga y un sostén. Pero, ¿por qué aquella mujer hermosa le resultaba tan familiar? Y no fue hasta que aquella niña se agachó, que Paula lo supo, sin que le quedaran dudas.

¡Vaya!

Quizás Cárdenas tenía razón en burlarse de ella. Quizás había sido un poco pretenciosa al pensar que su jefe, teniendo disponible el mejor trasero de la Argentina para hundirse a su antojo en él, intentara buscar consuelo en el de su criada. Era ridículo pensar lo contrario, y aquel galán era de todo, menos ridículo.

Sí, quizás su interés hacia ella se habían limitado al plano profesional, pero... ¿como creerle a un mentiroso?

Luego de aquel posible traspié, (¡y eso que apenas eran las once y treinta de la mañana!), y decidida a justificar su sueldo, Paula se apuró a preparar con arte la bandeja para dos. Una vez terminada, se arregló el cabello, se ajustó la camisa, y se dirigió con paso firme hacia la sala. Pero, para su sorpresa, Cárdenas estaba solo allí, y parecía esperarla.

—¿La dama? —preguntó Paula con inocencia.

—¿Te refieres a Nanín?... Ya se fue. Y, por cierto, la muchacha es cualquier cosa menos una dama —le respondió su jefe con aquella sonrisa que ya estaba sacando de quicio a su empleada.

—Lástima. Como la vi por el circuito de vigilancia, preparé el desayuno para dos.

—Mejor... ¡Siéntate!

—¿Cómo?

—Que te sientes a desayunar conmigo. No tiene sentido desperdiciar el café.

—No, mejor... —intentó oponerse ella.

Pero, como siempre, su jefe se mostró terminante.

—Siéntate, Berta. Te prometo que haré lo posible por contenerme, y no arrojarme sobre ti.

La joven tuvo que aceptar el reproche sin protestar. Era de esperar que Cárdenas no dejara pasar fácilmente su presunción.

—Vamos, siéntate Berta. Necesito hablarte, y no quiero tener que levantar la cabeza.

Paula obedeció. Pero su jefe todavía aguardaba, expectante. Y no fue hasta que la muchacha puso la taza en sus labios, que Ezequiel comenzó a hablar.

—Desde hoy comenzarás con tus nuevas tareas. A eso de las tres de la tarde volveré aquí con Olivia Vieytes. Ella es una mujer excepcional, y muy inteligente. Escúchala, si quieres aprender. Guido y Bruno Ríos, mi editor en jefe, en cambio, llegan por su lado. A ellos, si así lo deseas, puedes ignorarlos. Sobre todo a Guido. ¡Es un idiota! Te tocará a ti recibirlos si, cosa que dudo, llegaran antes que nosotros... Generalmente nos reunimos de lunes a jueves, y no nos levantamos hasta que el trabajo está terminado. Cada uno explica lo que ha hecho, y luego planeamos las tareas para el día siguiente. Esta semana, por ser la primera, sólo quiero que escuches, sin hablar, a menos que sea necesario. Tienes que llevar un cuaderno, y en él anotarás todo.

—¿Un cuaderno?... ¿Cómo en el colegio?

—¿Vas a objetar cada orden que te de?

Cárdenas tomó uno de los bizcochos del plato, pero al llevarlo a su boca se detuvo, electrizado.

—¡Canela!

—¿Perdón?

—¡Este es el olor que tenías anoche en tu cabello! ¡Canela! —gritó con satisfacción.

En efecto, el día anterior Paula había dejado caer por accidente el pequeño envase plástico que contenía la canela. En cuestión de segundos había quedado bañada por aquel aroma penetrante. ¡Pero luego de eso se había lavado!

—Al parecer es bueno para los olores —dijo por decir algo, y así ocultar su embarazo.

—Soy capaz de reconocer cualquier fragancia importada, pero tu perfume me tenía desorientado.

—¿Conoce los perfumes femeninos? —preguntó ella, incrédula.

—¡Por supuesto!... No existe un obsequio más íntimo, y a la vez más impersonal. Las fragancias no son tantas, y las de moda, menos aún. Pero una mujer a la que le regalas el perfume que usa, siempre se siente halagada. La hace sentir especial, y agradece que te hayas tomado el trabajo de prestarle atención. Si te fijas, es algo gracioso, porque yo lo hago justamente para evitar la complicación de tener que buscar otra cosa.

—Que astuto —replicó la joven, con un tono que a las claras indicaba lo contrario.

—Tu perfume, en cambio, me tenía confundido.

—Me hubiera preguntado directamente: yo no uso perfume.

—Sin embargo, siempre tienes un olor muy particular.

—¿Lo dice para hacerme sentir “especial”? —preguntó ella con ironía.

—Creo que quedó claro que no tengo que tomarme ese trabajo contigo. Y, además, si de verdad me interesaras, jamás te revelaría mis estrategias... No. Hice el comentario, simplemente porque es así.

Durante algunos segundos permanecieron en silencio. Pero de inmediato Cárdenas volvió a hablar.

—¿Cómo quedó ahora tu situación con Clark Kent?

—Creí que también eso había quedado claro. No es de su incumbencia.

—Todo lo que hacen mis periodistas es de mi incumbencia. Este es un negocio que se basa en la confianza. Un comentario inapropiado puede cagar la más maravillosa de las notas. Así que si una de mis empleadas tiene un embrollo romántico con un periodista de la competencia...

—¡No tengo ningún embrollo con Juan Pablo!

—¿Entonces lo has fletado sin más trámite? ¡Mierda, Berta! No tienes corazón.

Paula observó a su jefe con desprecio, mientras en su fuero íntimo no podía dejar de preguntarse cuál sería la pena por clavarle aquel coqueto cuchillito de manteca, en su yugular.

—Quizás uno que otro día salgamos juntos —explicó, por no seguir imaginando aquella muerte que tanto placer le daba.

—¿Salir como novios?

—Salir como..., como en una cita. Pero no pienso hablar con él de trabajo, si eso es lo que lo inquieta.

—¡No seas necia, Berta! Si nunca antes te calentó como hombre, será inútil que lo intenten. No se puede extraer petróleo de un pozo seco...

—¿Ese pensamiento también lo anoto en el cuaderno? —preguntó Paula con sarcasmo.

Por un segundo los dos contenientes se midieron, enfrentados.

“¡Esto no va a ser nada fácil!”, pensaron al unísono.

Pero, por las dudas, ninguno de los dos se atrevió a hablar.

* * *

—¡Felicitaciones, Pavón! Anoche me bastó ver a tu novia para entender tu apuro por casarte.

—Paula no es mi novia —respondió el otro, amargado—. Es sólo mi amiga.

—¿De quién están hablando? —se entrometió el hombretón rubicundo que comandaba sus destinos.

—De la amiga que acompañaba a Pavón. La muchacha con el cabello hasta el cu..., hasta la cintura.

—¿Es tu novia? —preguntó su jefe, impiadoso.

—No —gruñó Juan Pablo.

—Mejor... Cárdenas ya le echó el ojo. Y, te lo digo por experiencia, nadie le disputa una mujer a Cárdenas.

—¡¿De dónde sacó eso?! —se enfureció Juan Pablo—. ¿Cárdenas se lo dijo?

—No exactamente... Pero hizo algún comentario.

—Pues, si se mete con Paula, que ese hijo de puta se cuide de mí —se envalentonó el pobre muchacho.

—Ni lo intentes, Pavón. Primero, porque como tú bien dices, Ezequiel es un verdadero hijo de puta, en toda la extensión del término. Para él todo vale, y usa su dinero para comprar poder... Pero aunque de verdad logaras vencerlo, cosa casi imposible, tu esfuerzo sería inútil... No sé que les da a las fulanas, pero son ellas las que lo persiguen a él. Y dudo que tu amiga sea la excepción.

—¡Lo es! Ella es especial... Y les juro que, si ese tipo se atraviesa en mi camino, voy a deshacerme de él, aunque tenga que...

Pero aquel tímido reportero, dispuesto por fin a no detenerse ante nada, se detuvo, cerrando la boca en medio de la frase, petrificado.

¿Qué mierda estaba haciendo allí Georgina González?!

* * *

—¡Esto es una porquería! ¡Una mierda! ¿Para hacer las cosas así vienes a trabajar?

—Yo..., yo.... —balbuceó la muchacha, antes de romper en llanto, y correr hacia la cocina.

—¡Oye! La pobre niña no tiene la culpa de que a ti “te esté por venir”. ¿Por qué no paras con la histeria de una buena vez?

Olivia Vieytes le devolvió a su marido una mirada furibunda, antes de contestar:

—Si te molestaras en hacerme el amor de vez en cuando, “cariño”, no ignorarías que mi período fue hace una semana.

—¡Para qué abrí la boca! Ahora me va a tocar a mí.

—Por favor, querido... —le respondió su pareja con ironía—, no quisiera que por mi culpa te perdieras el partido de fútbol.

—Haces bien. Es la final Boca- River.

La muchacha clavó en él una mirada capaz de congelar al sol, y Enrique, en un gesto heroico, procedió a sacarse los auriculares que llevaba puestos.

—Está bien... Vamos a ver, Olivia. ¿Qué te hizo Cárdenas esta vez?

—No es él. Es todo... Como está completamente paranoico por los robos y los ataques que hemos sufrido últimamente en la oficina y en la redacción, ahora nos obliga a reunirnos en su departamento... Y la verdad, no lo entiendo. Para ser alguien que se toma tan en serio la seguridad, con algunas cosas es demasiado descuidado. Como incorporar a esa muchacha al equipo, por ejemplo...

—¿Qué muchacha?

—Su criada.

—¿Cárdenas los obliga a reunirse con su criada?

—Bueno..., creo que además tiene un título universitario, pero...

—¿Cárdenas tiene una criada con título? ¡Guau! Eso sí que se llama tirar el dinero...

—Si Ezequiel no estuviera pensando con su bragueta, se daría cuenta que la tal Paula aceptó ser su criadita sólo por acercarse a él... ¡Estoy segura de que esa niña esconde algo!

—Yo, en cambio, estoy seguro de que ocupa ese lugar por lo que muestra, y no por lo que esconde... ¿Es linda?

—No. Común y corriente.

—No te creo nada, Olivia. Algo debe tener para que tu jefe esté así con ella.

—¡Y si sólo fuera él! Créeme, estar allí con Ezequiel, Guido y Bruno es como presenciar un concurso de idiotas. Basta que ella mueva un dedo, para que los tres suspiren embobados.

—Es lo que yo digo. La muchacha debe ser mucho más que una chica común y corriente.

—Es linda, no te lo niego. Pero está lleno de mujeres lindas. Hasta nuestra criada lo es...

—Ya lo creo... —respondió su marido, en un exceso de sinceridad del que, de inmediato, se arrepintió.

—Hay mujeres lindas, y hay mujeres espectaculares. Esta es menuda, y tiene rasgos armoniosos. Nada más. Lo suficiente como para ser una de las “populares” en el colegio, pero no como para salir en la televisión... ¡De verdad, no sé que le ven! Y la culpa la tiene Ezequiel, por traerla.

—Ahí tienes tu respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—La mujer del poderoso siempre tiene un atractivo especial para los otros. Conquistarla es como robarle su dinero.

—¿Crees que es por eso?

—Fue lo primero que me atrajo de ti. Tu relación con Cárdenas... Es como desear lo prohibido.

—¿Crees qué...? —comenzó a preguntar Olivia, fascinada.

Pero un destello inusual en la oreja izquierda de Enrique la detuvo.

—¿Acaso todavía estás escuchando el maldito partido?!
—gritó, enfurecida.

¡Hombres!

* * *

—¡Clark Kent!

Juan Pablo levantó la cabeza, y se detuvo para esperar a la vieja editora que llegaba a su encuentro.

—¡Cariño! ¡Qué cara traes! —comentó al verlo.

—No ando bien últimamente.

—¿Es por tu amiga? ¿La amante de Cárdenas?

—¡No es su amante! Es..., es... ¡Olvídalo!

—Y entonces, si no es por ella...

—Tengo un problema horrible.

—¿Cárdenas?

—Ojalá fuera él.

—No sabes lo que dices.

—Esto es mucho peor.

—No hay nada peor que ese tipo.

—Pues, de verdad, esto es peor... Una muchacha con la que salí un tiempo en Mendoza, se ha presentado y...

Juan Pablo no pudo continuar.

—No te preocupes, cariño. Siempre puedes contar con la vieja Clelia. Tengo una solución para todo.

—No para esto.

Pero la dama, sin escucharlo, abrió la gruesa agenda que cargaba, y anotó un número, en un papel que luego le alargó.

—¿Qué es esto? —preguntó el muchacho, confundido.

—La solución a tu problema. El lugar es muy recomendable, aunque un poco caro... Y la que lo hace es médica, si te preocupa la salud de tu amiga.

—¿Un aborto? —susurró Juan Pablo, parpadeando incrédulo—. Eso es ilegal.

—Ilegal no quiere decir imposible, cariño.

—Pero..., pero..., yo soy católico, y...

—Todos lo somos, belleza. Yo soy muy devota de la Virgencita que desata los nudos, y del Gauchito Gil.

—¡Ese ni siquiera es un santo!

—Y san Jorge mató un dragón. Escucha, cariño, podemos discutir años enteros sobre ética, pero para entonces tu “problema” ya va a ir al kinder.

Juan Pablo se espantó.

Una y mil veces se había imaginado a si mismo con un hijo. ¡Pero uno de Paula! Georgina, en cambio, era casi una desconocida para él.

—No... Decididamente sería incapaz de pedirle que se realice un aborto —concluyó al fin, severo, mientras guardaba aquel maldito papel en su bolsillo.

Clelia notó su gesto, y sonrió.

—Sí, cariño... De seguro serías incapaz de algo semejante...

* * *

Paula volvió a chequear su pequeño teléfono. Tenía miedo que, de alguna manera, los circuitos cerrados de su jefe estuvieran interfiriendo con la recepción de su anticuado celular. De no ser así, ¿por qué Juan Pablo no había vuelto a llamarla? Estaba tan preocupada, que hasta había soñado con él. Claro que en su sueño Juampi era morocho, y no llevaba lentes. Y su personalidad, al revés de lo que ocurría en la vida real, era tan decidida, que hasta el azul de sus ojos parecía más fulgurante.

La muchacha se inquietó brevemente, mientras comenzaba a batir. No... Juampi no tenía los ojos azules, sino celestes. Cárdenas los tenía azules...

Y no había acabado de pensarlo, cuando una extraña corriente de aire recorrió su espalda.

Se dio vuelta con rapidez, pero sólo para quedar atrapada entre los brazos de su jefe que, con el torso desnudo y descalzo, como solía andar por la casa, estaba ahora parado tras ella.

Paula se apuró a tomar distancia.

¡Odiaba cuando Cárdenas hacía eso! Él lo sabía, y por eso se aprovechaba de su incomodidad para ponerla en desventaja.

Pero esta vez no era como las otras. No tenía esa expresión ganadora que la sacaba de quicio, sino que parecía muy enojado, y se notaba en todo su cuerpo una

auténtica crispación, que de inmediato puso a temblar a la muchacha.

—Te he tolerado demasiadas cosas, Berta —le reprochó, embravecido—. Pero alguna vez tienes que aprender la diferencia entre la vida real y el juego.

—No sé a que se refiere.

Otra vez su jefe comenzó a acercarse, obligándola a retroceder. Por un instante, incluso llegó a pensar que iba a pegarle, por lo enojado que estaba. Pero no. Se limitó a encerrarla contra la pared, mientras escupía su furia.

—Me refiero a que he confiado en ti más que en ninguna otra persona, y no soporto que me defrauden. Y menos aún tolero la necedad de la gente... Sobre todo si es a mí a quien pone en peligro.

—¿Qué he hecho?

La muchacha pudo leer un odio profundo en aquella mirada que la hacía temblar, (¿o era decepción?)

—Tú sabes perfectamente lo que me has hecho —le respondió.

Y diciendo esto, Cárdenas se dio media vuelta, y se retiró hacia la sala.

Paula estaba confundida. Trataba de descubrir en su memoria alguna tontería que pudiera haber cometido en un apuro. ¡Pero Cárdenas estaba demasiado enojado como para que fuera un simple error! En general se cuidaba

mucho de seguir las instrucciones de su jefe al pie de la letra, y se desvivía por no defraudarlo. Un poco porque no quería perder aquel trabajo soñado, pero sobretodo porque no soportaba la idea de fallar delante de él. Era demasiado orgullosa como para hacerlo.

Pero, ¿a qué podía estar refiriéndose Cárdenas?

Y entonces lo supo.

Sin esperar más, Paula se dirigió directamente a la sala.

—La razón por la que me tomé esa libertad... —comenzó a disculparse.

Pero él la interrumpió de inmediato.

—No necesito que me aclares el motivo. Lo sé a la perfección, y lo padezco todos los días, desde que llegaste a esta casa: lo has hecho porque eres una mujer necia. Pero cuando te confié la clave de acceso a mis archivos más privados, una clave por la que cientos de argentinos matarían, nunca creí que ibas a terminar usándola para cuestiones personales...

—Usted no entiende...

—¿Crees que soy estúpido? Sé perfectamente quien es Eusebio Cantagalli, y sé que no debes meterte con él, a menos que quieras acabar como tu marido.

Paula lo miró sorprendida. Jamás había hablado de Bru delante de Cárdenas.

—¿Creías que iba a contratarte sin haber investigado antes? —le aclaró él, al notar su gesto—. Como sea, en este país nadie aprecia a los héroes. Tu marido lo supo demasiado tarde, pero tú estás todavía a tiempo para no cometer el mismo error.

—Usted no entiende...

—¿Qué? ¿Tu repentina vocación por el periodismo?... Créeme, hay historias que es más sabio no contar.

—¿Más sabio, o más cobarde?

—Lo mismo da. Si investigas hasta las últimas consecuencias, en los Estados Unidos te premian por tu valor con un Pulitzer. Aquí, en cambio, te pegan un tiro. No vale la pena. En la Argentina estamos condenados a recolectar historias de un país sin memoria. Luchamos contra la indiferencia y el olvido. No te aferres a la verdad, si quieres seguir viviendo. Todavía hay mucho para contar, y no se puede hacerlo desde una tumba.

—¿Qué sentido tiene vivir, cuando se calla por miedo?

Cárdenas se acercó hasta ella, encerrándola de nuevo contra la pared. Desnudándola con aquella mirada penetrante.

—No digas tonterías, Paula... Eres una periodista excelente, y sé por experiencia propia que es imposible hacerte callar. Pero con Cantagalli no se juega. Ni siquiera yo, y mucho menos tú. La dignidad de tu marido no se

pierde por veintisiete tiros, ni se recupera con unas cuantas líneas escritas en un periódico,

—Usted no entiende —repitió ella, a punto de romper en llanto.

Y por un segundo, por un brevísimo segundo, Paula tuvo la sensación de que un destello de piedad iluminaba la mirada de él. Pero de inmediato la soltó, apurándose a darle la espalda.

Y todavía estaba así, muy cerca de ella, pero sin mirarla, cuando en voz baja, agregó:

—Tienes razón, Berta. No te entiendo... Pero no vuelvas a traicionarme nunca más.

* * *

Paula abrió la puerta del cuarto de baño, sólo para toparse de lleno con aquel semental desnudo.

—¿Qué haces aquí, López? ¿Greta y tú no habían roto definitivamente?

—Volvimos.

—Pues te advierto que el poco dinero que tengo en mi cuarto está bien contado. Si me llega a faltar un solo peso, vendo tu chaqueta.

—¡Yo no robo! Greta trae aquí a cualquier atorrante, y luego ella y tú me echan la culpa a mí.

—Quisiera creerte, López, pero no imagino a un tipo guardando mi cadena en tu bolsillo.

—La tomé por error.

—¿Sigues apostando?

—¡No soy un apostador! A veces me tiro alguna, pero...

—¡Paula!

La muchacha observó a su amiga, que acababa de entrar, también desnuda, al pequeñísimo cuarto de baño.

—¿Qué haces así, Greta? ¿Ahora trasladaron sus orgías aquí? Sabes cual es la política en esta casa.

—Sí, ya sé. Reservar el quilombo a mi cuarto. Pero como últimamente estás llegando tan tarde...

—Estoy trabajando.

—¿Hasta las tres de la mañana? Yo no te juzgo, Paula. Y menos después de haber conocido al bombón de tu jefe. ¡Yo también haría horas extras para él!

—No lo digas como si estuviera haciendo algo sucio. Por el contrario...

Paula desvió su mirada por un segundo, y se espantó:

—¡Por Dios, López! ¡Ponte un bóxer antes de sentarte allí!

—Querida —se burló él—, no sé que te asusta. Algunos pagan fortunas por esto —confesó señalando su sexo,

confirmando de esa forma los peores temores de la muchacha.

—Olvídate de él, Paula. ¡Vamos! Cuéntame que has estado haciendo en ese trabajo excitante que tienes.

—Reportes, investigaciones, redacción de notas... Cosas aburridas.

—¡No mientas, amiga! Nadie se queda hasta la madrugada para hacer eso.

—¡Díselo a Cárdenas!

—¿Y Guido Méndez?

—¡No sé que le ocurre! Ni bien nos quedamos solos, me pregunta por mi ciclo menstrual.

—¿Tu período?

—¡Sí! Es como una obsesión para él. “*Hoy te está por venir, ¿no?*”, suele decirme. Y no hay cosa que más odie en este mundo, que un hombre me pregunte eso

—Raro... ¿Tendrá alguna perversión?

—O un problema para manejar el rechazo —comentó la muchacha, mientras comenzaba a cepillarse los dientes bajo la atenta, (¡y desnuda!), mirada de López.

—¿Por qué piensas que tiene que ver con el rechazo?

—Porque me lo preguntó las tres veces que me invitó a salir, y yo me negué.

—¿Te negaste?! —gritaron Greta y López al unísono.

—¡Uno no ese niega a un tipo con semejantes músculos! —se escandalizó aquel efebo sin ropas.

Y bastó ese extraño comentario para que las dos muchachas lo observaran con desconfianza.

—No me miren así —se defendió de inmediato—. Que duden de mi masculinidad cuando estoy en pelotas, me resulta ofensivo. Soy bien hombrecito. Pero sé reconocer una buena competencia.

—López tiene razón, Paula. Hasta un obrero de la construcción se acostaría con Méndez... ¿Por qué no tú?

—Conoces mi política.

—Ese es tu problema, amiga. ¡Demasiadas políticas!... Pero está bien, acepto que no te vayas a un hotel con él, ¡pero un cafecito no se le niega a nadie!

—Te confieso que la última vez estuve tentada de decirle que sí, pero justo llegó Cárdenas y...

—¿Qué onda con tu jefe?

—Cero... Cero onda. La verdad es que había pensado que trabajar junto a él iba a ser complicado, pero... ¡para nada!... Es más, te diría que cuando no está, lo extraño.

—¡Vamos por Cárdenas! —lo vitoreó Greta.

—No gastes saliva. Como lo prometió, es superformal conmigo, y ha sabido mantener las distancias.

—Y ahora la que quiere acortarlas eres tú...

—¡En lo absoluto! Así estoy maravillosamente... Hemos hecho una tregua, y juntos trabajamos muy bien.

—Un paraíso... —se burló su amiga.

—Excepto porque todavía insiste en llamarme Berta... Aunque el otro día, no sé si lo soñé, o que, me pareció que me dijo Paula... Como sea, te diría que con él me siento tan cómoda como en mi casa —pero, mirando al compañero de su amiga, se corrigió—. Pensándolo bien, más cómoda que en mi casa.

Bastó que Paula dijera esto, para que López levantara la tapa del retrete, con obvias intenciones de hacer uso de él.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó su novia, mientras empujaba a su amiga fuera del área de peligro.

Las dos muchachas salieron del lugar con el tiempo justo para cerrar la puerta.

—Disculpa —se excusó Greta—. Todavía no he logrado educarlo.

—¡Va a terminar contagiándonos algo!

—¡No digas eso! Mi López es sanito.

—¡Por Dios!, ¿te has enamorado de él?

Su compañera agachó la cabeza y musitó una breve respuesta a modo de disculpa.

—¡Es tan bueno en la cama!

—¡Ay, Greta! El sexo no lo es todo.

Paula era sincera.

Por maravillosas que fueran las habilidades de López, (y a pesar del gran tamaño de ellas), prefería mil veces aburrirse con otro cualquiera, antes que tener que tolerar a ese bello patán durante cinco minutos. Finalmente, la cama sólo representaba un período breve de la existencia. Muy placentero, pero muy breve. Y a esas alturas, lo que más le pesaba a Paula era la soledad.

Y bastó que pensara en eso, para que otra vez se adueñara de su mente aquella extraña inquietud que la había estado perturbando las últimas semanas.

Por décima vez en el día volvió a chequear la recepción de su teléfono celular.

¿Por qué Juan Pablo no había vuelto a llamarla?

* * *

—¡Cariño!

Juan Pablo intentó ocultarse atrás de una mampara, pero fue inútil. La vieja editora ya lo había visto, y no iba a dejarlo escapar tan fácilmente.

—¡Clark Kent!... Ven aquí.

—¿Qué tal, Clelia?

—¿Me has estado evitando?

—¡¿Cómo se le ocurre?!

—¿Y tu pequeño problema?

—Eh... Falsa alarma.

—¿Estás seguro, cariño? Mira que nadie puede engañar a la vieja Clelia.

—¡Yo nunca miento! —se ofendió Juan Pablo.

Y fue tanta su indignación, que en la mente de la anciana ya no quedaron dudas de su sinceridad... inexistente.

¡Hombres!

* * *

—Berta... Sirve el desayuno para dos, por favor.

Paula enrojeció. ¿Cómo hacía su jefe para trabajar veinte horas ininterrumpidas, y luego tener tiempo y ganas de ligar algo? ¿Cuándo conseguía las mujeres? La noche anterior habían estado ocupados con el informe Santos hasta las once. Considerando que eran las ocho y media de la mañana, Cárdenas se las había ingeniado para agenciarse a la dama, hacerle el amor, y dormir, todo en apenas nueve horas. Y, lo peor, mientras que ella se veía pálida y cansada, él lucía resplandeciente.

La joven verificó la buena recepción de su celular, lo colocó en el bolsillo trasero de su jean, ajustó su rodete,

acomodó las cosas en la bandeja, y se preparó para salir al ruedo.

Encontrarse con la amante de turno era siempre incómodo, y no eran pocas las veces que la dama se ponía impertinente con ella. Por fortuna Cárdenas no toleraba ese tipo de situaciones. Si alguien iba a ser maleducado y desagradable en la casa, él se consideraba el único dueño de semejante prerrogativa.

Paula suspiró, antes de abrir la puerta con decisión.

Para su sorpresa, la amante de turno estaba completamente vestida, y tenía aspecto de buena muchacha. Cárdenas la estaba despidiendo junto al elevador, pero como la puerta de la “pecera” estaba abierta, su empleada podía escuchar fácilmente la charla entre ambos.

—Fui muy feliz esta noche, Ezequiel... ¿Volverás a llamarme?

—No, Mariana —respondió él con dulzura, mientras le acariciaba el cabello—. No pienso hacerlo.

—¿Por qué?! —se horrorizó la muchacha— ¿He hecho algo malo?... ¿No ha sido maravilloso también para ti?

Cárdenas desvió la mirada en el preciso momento en que Paula iniciaba su rápida huida de vuelta a la cocina.

—Espera, Berta —le gritó—. No te vayas... Busca el informe Santos, que está sobre la mesa, y siéntate. Ya termino aquí...

“¡Qué desfachatado”, pensó Paula, indignada. “Ni siquiera hace un esfuerzo por disimular el hecho de que, tan conmovedora despedida, no es más que un trámite para él”.

Pero por lo visto, su víctima no compartía esa opinión.

Mirando todavía arrobada a semejante galán, ni bien reconquistó su atención, volvió a insistir, al borde de las lágrimas.

—¿Acaso no fue maravilloso también para ti, Ezequiel?

—Demasiado maravilloso, Mariana. Por eso no voy a volver a llamarte. No puedo darme el lujo a esta altura de mi vida de enamorarme como un tonto. Y sé que si seguimos haciendo esto...

—¿Por qué le temes al amor, Ezequiel?

Paula no pudo evitar entrecerrar los ojos, sin ocultar su desprecio. ¡Qué cursi la niña!

—No es que le tema, Mariana —le respondió su galán con seriedad—. Hoy por hoy mi vida es demasiado complicada, y no podría ofrecerle nada a una mujer... Quizás dentro de unos años... Sí, quizás dentro de un tiempo volvamos a encontrarnos, y entonces, puedes estar segura, no te voy a dejar ir... ¡Dime que me entiendes, te lo

ruego! Me dolería en el alma que me guardaras resentimiento.

“¿Alma?... ¿Cuál?”, se preguntó Paula.

La niña, en cambio, soltó algunas lágrimas, pero, para su desgracia, justo en el preciso momento en que se abrían las puertas del elevador, por lo que el resto de la despedida fue rápida.

—¿Qué haces parada allí como soldado, Berta? —preguntó Cárdenas de mala manera, ni bien quedaron solos.

—¿No me pidió que lo esperara?

—¿Para qué piensas que te hice traer dos desayunos? Tenías que sentarte, y comenzar a trabajar.

“¿Desayunar, o trabajar?”, pensó Paula. Pero sabía que para su jefe la palabra trabajar tenía miles de sinónimos, así que, resignada, lo obedeció en silencio. Sin embargo, no pudo evitar la tentación de mirarlo de soslayo, fascinada. El muy cerdo estaba allí, ya instalado, leyendo el informe como si no hubiera ocurrido nada. Indiferente a los millones de lágrimas que, de seguro, la dulce muchachita de turno, (que, para colmo, esta vez parecía decente), habría vertido en los escasos minutos en que llevaban separados.

Paula estaba tan indignada con la actitud de aquel macho vanidoso, que tenía que contenerse para seguir llenándole servilmente la taza con café caliente, en lugar de desviar el chorro en dirección a sus inflamados testículos.

La noche en que Cárdenas le había ofrecido incorporarla a su staff, Paula había temido que tanta proximidad la confundiera al punto de terminar enamorándose de él. Pero estaba a salvo. Por fortuna el tipo era tan desagradable, que no podía evitar de tanto en tanto mostrarse como un villano, o realizar algún estúpido comentario machista. Todo afecto que pudiera haberle tenido su empleada, quedaba entonces inmediatamente sepultado por el desprecio. Cárdenas era inteligente y encantador el ochenta por ciento de su tiempo, ¡pero el veinte restante!...

—Vamos, Berta... Escúpelo ya, así podemos olvidarlo, y empezar con el trabajo —la apuró su jefe, sin mirarla en ningún momento, la vista fija en sus papeles, pero como si, a pesar de eso, pudiera adivinar sus pensamientos.

La muchacha enrojeció.

—¿A qué se refiere?

—Te conozco. Cada vez que frunces tu nariz, en vez de hacer hechizos, estás echando putas en tu interior.

—¡Yo no...! —intentó defenderse.

Pero de inmediato abandonó la idea. Cárdenas sabía exactamente como sacarla de quicio, volviéndola así más vulnerable. No... No podía darle el gusto. Tenía que permanecer calma.

—Olvídelo —dijo al fin.

—Sé que repruebas mi actitud. Pero tienes que entender que las mujeres son unas tontas, y esta en particular, más tonta aún que la mayoría.

—En el supuestísimo caso de que eso fuera cierto, y justamente por las presuntas limitaciones de la niña, es mucho más cruel de su parte el engañarla.

—¿Crees que la he engañado? No, Berta...

Su empleada lo observó con fascinación, y él no pudo ignorarlo.

—¿Qué ocurre, Berta?

—Da vértigo asomarse a la psiquis de un mentiroso profesional.

—¿Crees que soy mentiroso?

—Pocos hombres no lo son.

—¿Las mujeres son unas santas, acaso?

—Yo, al menos, trato de ser sincera.

—Y así te va...

—¿A qué se refiere?

—¡Vamos, Berta! Se te fue la lengua con Clark Kent, y ahora ya estás arrepentida.

—¡Yo no estoy arrepentida!

—¿No? —preguntó su jefe, divertido— Y entonces como te explicas que pases las tardes pendiente de... ¡esto!

En un movimiento digno de un mago, Cárdenas se había estirado hasta lo imposible, arrebatando de un saque el celular del bolsillo trasero de la muchacha, para agitarlo victorioso frente a ella.

—Estoy esperando otro llamado —se defendió Paula, intentando vanamente recuperar el aparato.

—¿Otro llamado?... Desde que estás aquí nunca has hablado con nadie de tu pueblo.

—¡¿Pueblo?! ¡Mendoza es una ciudad, y muy grande! ¿Que les ocurre a los porteños, que se creen los reyes del mundo? ¡Son insoportables!

—Muy astuto de tu parte intentar desviar la conversación. Pero no pienso caer.

Paula tomó distancia.

—Devuélvame mi teléfono, por favor —dijo en tono calmo.

—No, por supuesto que no... Quiero escuchar la voz de sorpresa de Clark Kent cuando el que lo atienda sea yo. Te apuesto a que cortará la comunicación de inmediato.

Rememorando sus épocas de brillante jugadora de volley ball, Paula intentó arrebatarse su telefonito, arrojándose sobre la mesa como si fuera una red. Por un segundo forcejearon, los dos de pie. Y fue cuestión de otro maldito

segundo para que quedaran peligrosamente juntos, callados, cada uno sintiendo la respiración entrecortada del otro, embriagados por la excitación del juego. Y fue tan insoportable el calor de esa proximidad, quemaba tanto, que de inmediato tuvieron que separarse.

—Eres rápida, pero no lo suficiente para mí —concedió él al fin, mientras abandonaba el celular sobre la mesa.

Por fuera, se instaló un silencio tenso entre ambos. Pero más allá de las palabras, un rumor fuerte, imposible de acallar, se adueñó de sus voluntades, volviendo la situación inquietante.

Por fin Cárdenas resopló, tomó asiento, comenzó a leer, y todavía con la vista fija en las hojas, insistió.

—Si no hubieras sido tan “franca” con él, lo hubieras podido mantener en reserva por si, como ocurre ahora, te arrepentías de haberlo rechazado.

—¡Yo no me arrepentí!

Su jefe clavó en ella una mirada llena de reproches, que, por sincera, era capaz de lastimarla tanto.

—Simplemente lo extraño... —concluyó Paula en voz baja.

Otra vez esa mirada, y aquel silencio lleno de tensión. Y de nuevo fue Cárdenas el encargado de poner distancia.

—Yo no sé, Berta, de donde has sacado esa estúpida idea de que soy un mentiroso.

—¿No lo es? —preguntó la joven con ironía.

—¡Por supuesto que no! —se ofendió el otro.

—¿Siempre dice la verdad? ¿Acaso era sincero cuando susurraba cursilerías al oído de esa muchacha?

—¡Por supuesto que no! ¡Pero eso no se llama mentir! Eso es simplemente manipular un poco la verdad para que nadie salga herido. Y por el bien de Clark Kent tendrías que aprender a hacerlo... A ver..., ¿qué pretendías que le dijera a Mariana? “Oye, niña, en la cama eres pésima, y me muero de aburrimiento de sólo imaginar otra noche contigo”...

—No.

—¿O que la engañara con un “Te llamaré”, cuando no tengo ni la menor intención de hacerlo?

—¡Claro que no! Todas odiamos que los hombres hagan eso.

—Me estás dando la razón... ¿Acaso no he sido yo, con mis cursilerías, mucho más decente que los demás?.

—Más decente hubiera sido confesarle, ¡antes de llevarla a la cama!, que lo único que buscaba de ella era un polvo rápido, y que, ni aunque fuera la mujer de su vida, iba a volver a llamarla.

—¡Esa no es la forma de hacerlo!... Berta, ¿tengo que explicártelo todo?... Cuando dices “buenos días”, lo más probable es que aquel sea un día de mierda, como todos los

demás. Todos saben que no necesariamente estás siendo sincero. De la misma forma, nadie se lo cree del todo cuando hablas de amor. Es una cuestión de códigos sociales... Si te acuestas con una buena niña como Mariana, por ejemplo, no puedes tratarla como una puta, sino que debes hacerlo como a una novia. Es de caballero. Hace que la muchachita en cuestión se sienta un poco menos apenada por haberse ido a la cama sin más trámite con un desconocido. ¡Por supuesto que, a pesar de lo que se diga, ella sabe que ha sido sólo sexo, y que nadie se enamora por tan poco!

—Pues para haberlo sabido, lloraba bastante.

—Otro código. Si era una buena niña, tenía que llorar... Como cuando estás en la cama con una mujer casada. Tienes que jurarle que aquella va a ser la única vez, aunque ya hayas reservado hotel por el resto de la semana. Lo dices para que se sienta complacida, y menos culpable, ¿entiendes?

—Preferiría no hacerlo.

—El engaño en cuestiones de amor es siempre un juego de a dos. No hay hombres mentirosos, sino mujeres a las que les gusta que les mientan.

—¡Eso no es cierto!

—¿Cuál es la que pone en duda un halago? Te paras frente a ella, le sonríes, le dices “linda”, y ya está contigo, aunque sea tan fea que tenga que tomar valium todas las

mañanas para poder mirarse al espejo. ¡Si no fuera por las mentiras piadosas, las industrias de la belleza y la moda hubieran colapsado hace rato! ¿Cuántos vestidos se venderían si los hombres fuéramos sinceros?

Paula lo escuchaba en aparente calma, atenta, mientras por debajo de la mesa sacudía su pierna enfurecida.

El tipo era un completo idiota...

Entonces... ¿por qué su proximidad la inquietaba así?

—¿Qué piensas? —insistió Cárdenas.

La muchacha enrojeció brevemente, pero de inmediato se repuso.

—Escuchándolo puedo entender por qué continúo soltera. ¡Los hombres son patéticos!... A ver, explíqueme: ¿por qué meterse con una niña que parecía honesta, como la de esta mañana, si lo que estaba buscando era una puta?... Es como publicitarse en una revista de golf, cuando lo que se venden son pelotas de fútbol.

—¡Justamente! A veces las mujeres creen que están preparadas para las complicaciones de un deporte, cuando, en verdad, sólo están buscando un buen par de pelotas —y sonriendo de aquella forma estúpida que sacaba de quicio a su empleada, Cárdenas agregó—. Finalmente, el tamaño es lo único que cuenta.

—Es inútil seguir hablando... Después de todo, usted y yo somos muy distintos —concluyó la muchacha, en el

preciso momento en que comenzaba a sonar el celular olvidado en la mesa.

Paula se apuró a tomarlo, pero Cárdenas fue más rápido, y retuvo su mano, mientras la miraba con intensidad.

—Piénsalo, Berta... Después de todo, ¿qué tan distintos somos tú y yo?

* * *

—Tú y yo somos iguales, Paula. ¡Tienes que entenderlo! Nacimos para estar juntos.

—El que no entiende eres tú, Juan Pablo... Mira, alguien me dijo hace poco que, en cuestiones de amor, siempre había que mentir para no lastimar al otro. Pero me niego a hacerlo... Al menos contigo.

—¿Alguien?... ¿Quién? —preguntó su amigo con desconfianza.

—Eso no importa.

—¿Quién? —insistió enojado—. ¿O acaso te da vergüenza decírmelo?

Paula lo observó, sin ocultar su desagrado.

—Cárdenas —respondió al fin—. Cárdenas me lo dijo.

—Últimamente hablas mucho con él.

—Estamos juntos todo el día, y... —llegó a decir. Pero de inmediato se interrumpió, enojada— ¿Sabes? Todavía no entiendo por qué tengo que darte explicaciones.

—Porque me extrañaste —respondió Juan Pablo con dulzura, intentando acercarse.

Pero ella se alejó.

—No me malinterpretes, Juampi. No te extrañé cuando me fui de Mendoza, porque sabía que estabas allí. Pero después de nuestro último encuentro, tuve miedo de que ya no quisieras verme.

—Y entonces me extrañaste —repitió el otro con satisfacción.

Paula ya se estaba arrepintiendo de haber hablado. ¿Había sido demasiado franca con él? ¿Acaso Cárdenas tenía razón?

—Extrañé tu presencia como amigo. Últimamente estoy muy sola, y me has hecho falta.

—Como amigo...

—Como amigo.

—¿Sabes lo que pienso, Paula? Pienso que me crees eternamente disponible para ti. Sientes que no me necesitas como hombre, porque sabes que bastaría con extender tu mano para tenerme.

—No es así... Muchas veces has estado de novio, y...

—¿Y qué? ¿Cuál fue la que no criticaste?

—¡Elegías cada una!

—¿Sólo por eso no te gustaban? —preguntó él con suspicacia.

Y bastó escucharlo para que algo en la cabeza de Paula entrara en eclosión. Sí, era cierto, nunca se había sentido cómoda cuando Juampi llegaba acompañado. Pero eso era porque Bru, él y ella ya conformaban un grupo perfecto. Los demás eran siempre extraños. Y si bien la unión con su marido había sido completa e intensa, no podía recordar ni un día de su matrimonio, exceptuando la luna de miel, que no hubieran compartido también con Juan Pablo. Él era su paño de lágrimas, su consejero, e incluso, más de una vez, su aliado en aquellas ocasiones en que su esposo se ponía un poco terco.

Bru había sido el primer universitario de una familia asentada por generaciones en la más lamentable pobreza. Lita, su madre, era una mujer simple, que había podido costearle la carrera a su hijo gracias a los aportes de la familia con la cual trabajaba. Juan Pablo, en cambio, provenía de una larga estirpe de periodistas, forjadores de buena parte de la historia de la provincia. Los criterios de uno y otro, entonces, eran tan irreconciliables como el agua y el aceite, y sólo Paula podía lograr esa extraña armonía entre ambos.

Cuando estaban separados, los errores y las fallas de los dos amigos se acentuaban, ¡pero juntos!... eran el hombre

perfecto para ella. El arretrato de Bru... La dulzura de Juampi... La sensualidad juguetona de su esposo... La sensatez calma de su amigo... ¡El hombre perfecto!

De alguna forma, durante los cinco años de su matrimonio podía decirse que también había estado casada, aunque fuera un poco, con su vecino. Quizás por eso ahora lo extrañaba...

¿Se habría enamorado de él sin darse cuenta?

¡¿Enamorada de Juan Pablo?!

Quizás.

O quizás se sentía tan sola y desesperanzada, que estaba comenzando a delirar.

¿Juan Pablo?

La verdad era que ya no le quedaban muchas opciones... Durante los tres primeros meses en la Capital había salido con decenas de tipos: universitarios, empleados, pobres, ricos, casados mentirosos, o solteros compulsivos. Pero todos con un denominador común: ¡eran unos idiotas!

Eso ya era razón suficiente como para que estuviera tan preocupada. Pero, sin duda, no era lo peor. Lo peor era Cárdenas...

De todos los hombres que había conocido hasta entonces él era, a no dudarlo, el más peligroso. Y no sólo por ese extraño apego que tenía a decir mentiras, por su falta total de moral, o por su inteligencia manipuladora, sino también

por esos ojos claros que podían acariciar y lastimar a la vez, y por la forma apasionada que tenía de entregarse al trabajo.

El tipo no tenía remedio, eso era evidente. Y, sin embargo...

Paula encontraba una sola explicación para sus penurias: estaba necesitando en forma urgente un hombre. Sexo regular, compañía, charla estimulante... Y un hijo antes de los treinta. Sobre todo eso: el hijo. Su conciencia no dejaba de reclamar. Había una promesa de por medio, y fuera como fuera, estaba dispuesta a cumplirla. Claro que si lo hacía con un hombre de verdad, en vez de tener que recurrir a...

—¡Paula!

La muchacha volvió a la realidad.

—¿En qué estabas pensando? —le reprochó Juampi.

—No... En nada...

—¿Me estás mintiendo?

—¡Yo nunca miento! —respondió convencida.

Y entonces se estremeció.

* * *

—¿En qué estabas pensando, Berta?!... ¡¿Cómo que no hay más hojas A4?!

—No es cuestión de lo que yo piense, señor Cárdenas, sino de las ochocientas cincuenta y seis hojas que acabamos de imprimir. Si seguimos a este ritmo, también se acabará el toner

—¡Qué fastidio! Es tu obligación prever este tipo de situaciones, Berta.

La joven resopló en su interior, pero con expresión amable, respondió.

—En diez minutos vuelvo.

—¡Yo te acompaño! —gritaron Guido y Bruno al unísono, poniéndose ruidosamente de pie, y armando un revuelo de papeles a su alrededor.

Ante tan ridícula escena, Olivia Vieytes y Ezequiel, como si lo hubieran ensayado, murmuraron a un tiempo:

—¡Idiotas!

—Puedo ir sola —anunció, en cambio, Paula, mientras se paraba con gracia.

Y los tres varones, embelesados, se perdieron en el movimiento leve de sus pechos firmes, mientras, del otro lado de la mesa, su rival la contemplaba con odio.

—Siéntate, Berta —vociferó Cárdenas— Te necesito aquí... Olivia, ve tú.

Y bastó escuchar aquella orden para que la muchacha saltara como una fiera.

—¡No pienso hacerlo! —gritó, furibunda— ¿Acaso crees que yo también soy tu criada?... Y después, ¿qué? ¿Lavo los platos?

—No se te caerían los anillos. Aquí todos trabajamos de todo —la reconvino su jefe.

Pero, por fortuna, antes de que la sangre llegara al río, Paula logró interponerse entre ambos.

—Me llevaría más tiempo explicarle adonde ir, que comprarlo yo misma.

—Yo te acompaño, Paula —se ofreció Guido—. Tengo el auto en el garaje de cortesía.

—Mejor soy yo el que la lleva —refutó Bruno—. A ti enseguida te reconocen. Perderías toda la mañana firmando autógrafos.

—Son sólo tres calles. No necesito chofer, ni acompañante.

—¡Pero yo “sí” necesito que revises esta hoja antes de faxearla al canal! —se quejó Cárdenas.

De nuevo el revuelo. Y bastó escucharlo para que Paula, en un movimiento veloz que dejó a todos confundidos, arrebatara el papel de manos de su jefe, y se fugara mientras, todavía con una sonrisa en los labios, concluía:

—Lo corregiré en el viaje. Vuelvo en diez minutos.

Ni bien las puertas del elevador se cerraron, y Olivia estalló.

—¿Se puede saber que les ocurre, manga de imbéciles?!... ¡Ya me tienen harta!... ¡Ni siquiera es tan linda!

Como dos caballeros, Bruno y Guido salieron en rápida defensa de las virtudes de la ausente, pero al instante Cárdenas los obligó a callar.

—¡Olivia tiene razón! Estoy harto de que se comporten como “Tonto y Retonto” con ella.

—¿Que “ellos” se comporten, Ezequiel? —explotó la dama— ¡¿Qué hay de ti?!

—¿Qué hay de mí?

—¡Vamos! Claro que por delante te muestras indiferente, pero ni bien la muchacha mueve el culo, te la comes con la mirada.

—Yo no... —intentó defenderse aquel galán.

Pero no contaba con la furia de una hembra herida en su orgullo.

—¡Y esa estúpida preferencia! ¡Todo lo que hace te parece maravilloso, así se tire un pedo!

—Eso es porque, a diferencia de ustedes tres, Berta...

—¡¿Qué?!... ¿Los tiene perfumados?

—...es excelente trabajando.

—¡Vamos, Ezequiel! —murmuró Bruno, con contenida ironía.

—¿Qué te ocurre, Ríos? —le respondió su jefe de mal modo— Si quieres decirme algo, hazlo de frente.

—Coincido con Olivia, amigo... Seamos sinceros... Paula nos gusta a los tres.

—¡Eso es ridículo! Si yo la quisiera, me la hubiera llevado a la cama sin pedirle permiso a ustedes... Incluso, quizás ya lo he hecho.

Discretamente los empleados de aquel hombre vanidoso giraron sus cabezas para que no los viera reír, cosa que terminó de ofenderlo.

—¿Qué les ocurre, imbéciles?! ¡¿No me creen?!

—Lo peor —protestó Olivia, sin engancharse en la locura de su jefe— es que, de verdad, yo soy más linda que ella.

—Pero contigo ya nos hemos acostado —replicó Guido con desparpajo.

—¡Yo no! —se quejó Bruno, mirándola con lujuria.

—Ni en tus sueños, Ríos —murmuró la muchacha.

De inmediato se produjo una nueva batahola, hasta que Cárdenas gritó como si fuera un profesor en el Liceo: — ¡Silencio! ¡Ya me hartaron!... A ustedes dos les recuerdo que no les pago para que se babeen por una mujer. En

cuanto a ti, Olivia... Si quieres reconquistar tu puesto de preferida, tendrás que esmerarte. Junto a “Dumb and Dumber”, brillabas. Pero al lado de Paula...

—¿Paula? —repitió la joven con suspicacia.

—Berta —se rectificó su jefe de inmediato—. Pero como sea que se llame, a su lado quedas en evidencia... ¿Cuánto quieres apostar a que, en exactamente diez segundos, está entrando por allí?... Ocho..., siete..., seis...

Cárdenas no pudo concluir. Confirmando sus palabras, el elevador se detuvo, y Paula apareció tras sus puertas, cargada de paquetes.

—Tarde, Berta —fue el saludo de su jefe, cuando la joven emergió de la “pecera”.

Guido y Bruno, en cambio, corrieron de inmediato para auxiliarla con su carga.

—Compré dos resmas, por las dudas, y dejé encargadas otras dos. También traje toner.

—¿Y las correcciones? —preguntó Olivia, victoriosa.

Paula dudó por un instante, pero luego le extendió el papel.

—Yo dejaría la pregunta sobre sus vinculaciones con la petrolera para el final. Si el fulano ha preparado una buena excusa, para esa altura ya la habrá dicho, y no será violento para Guido tener que sacarlo a colación. Pero si no lo ha

hecho, estará nervioso durante toda la entrevista, y será fácil que se pise con el tema de la denuncia.

—¿Qué denuncia? —preguntó Olivia, sorprendida.

Cárdenas miró a su empleada con satisfacción, mientras los otros cruzaron gestos preocupados.

—¡Qué cara tienen todos! —observó Paula— ¿Ocurrió algo en mi ausencia?

* * *

Paula intentó disimular un bostezo hundiéndose un poco más en los papeles que tenía delante. Estaba agotada, y eso que apenas eran...

—Las diez de la noche —interrumpió sus pensamientos Cárdenas.

—¿Cómo? —preguntó ella, sorprendida.

—Que son las diez de la noche.

—¿Cómo sabía que...?

—Es la tercera vez que bostezas, y levantaste tu mano izquierda.

—¡Guau!

—Un buen periodista siempre tiene que observar el lenguaje corporal del que está enfrente.

—Sí... Una lectura posible es que quiero saber la hora. Otra, que estoy horriblemente cansada luego de catorce horas de trabajo ininterrumpido, y que me muero por dormir. Pero, al parecer, usted es muy tendencioso en sus interpretaciones.

Cárdenas agachó la cabeza, y sonrió de esa forma pícara que lo hacía lucir encantador.

—Vamos, Berta —dijo, sin mirarla—. Tú eres todavía una mujer joven. ¡Qué tendría que decir yo, entonces!

—Usted es sólo unos años mayor que yo.

—Hoy cumpla treinta y uno, y me siento muy viejo.

—¿Hoy es su cumpleaños? —se sorprendió la muchacha.

—Sí.

—Que raro... Nadie dijo nada.

—La última vez que festejé había diez velitas en el pastel. Y luego pasaron demasiadas cosas malas como para que valiera la pena hacerlo.

—Lástima... De haberlo sabido antes le hubiera regalado algo.

Cárdenas la miró complacido, y se arrellanó en su silla.

—¡Qué interesante!... Todos se quejan a la hora de hacerme un obsequio. Dicen que soy una pesadilla. Lo que quiero de verdad, ya me lo he comprado, y, para colmo, no

soy nada fácil de complacer... ¿Qué me hubieras regalado tú?

—No me parece tan complicado. Es cierto que sus gustos son muy precisos, pero tiene muchos intereses... Claro que como soy pobre, me alcanzaría sólo para un libro.

Antes de continuar, y como si estuvieran jugando a las adivinanzas, Paula lo escudriñó divertida.

—Estoy segura que le fascinarían los “Relatos de los Inesperado” de Roald Dahl. Pero posiblemente ya los ha leído en el colegio, considerando que estudió en Norte América... Así que me inclinaría por... las “Falsificaciones” de Marco Denevi.

—¿Marco Denevi?

—Un autor argentino. En Hollywood hicieron una película con uno de sus libros: “Ceremonia Secreta”, ¿la recuerda?

—¿Elizabeth Taylor y Mia Farrow?

—Sí.

—¿Y por qué crees que me gustaría un libro, y ese, en particular?

—Sé que es un ávido lector, por su biblioteca. Es cierto que cada tomo se ve impecable por fuera, pero eso debe ser obra de su decorador, porque, al abrirlas, se nota que han sido leídos... Y es obvio que le gusta la literatura

iberoamericana. ¡Tiene los mejores títulos!... Aunque tal parece que últimamente no ha podido dedicarle demasiado tiempo, porque el más reciente de Vargas Llosa, que desde que estoy aquí junta tierra sobre el escritorio, tiene anotaciones sólo hasta la mitad... Por todo eso, “Falsificaciones” es el libro para usted. Es pequeño, divertido, y está dividido en relatos cortísimos. Y, además, de seguro es posible conseguirlo a buen precio en una mesa de saldos. Yo quedaría bien con poco, y usted podría leerlo en los ratos muertos, como este, en que lo único que hay que hacer es esperar por un fax.

Su jefe, que la observaba encantado, se tomó un tiempo para responder.

—Soy culpable de todo lo que has dicho. Los “Relatos de lo Inesperado” es uno de mis favoritos. No lo leí en el colegio, porque el único inglés que se lee en las escuelas americanas es Shakespeare. Pero te puedo asegurar que después de tanto Faulkner, Somerset Maugham, y Tennessee Williams, uno aprecia más a nuestros García Márquez, Vargas Llosa, o Camilo José Cela. Su literatura es a nuestra medida: divertida e irreverente... Sí... Es muy probable que tu obsequio me hubiera gustado mucho, así que te doy la libertad de comprármelo cuando quieras... La verdad, es que has logrado sorprenderme, Berta... Pero, confiesa: ¿no será que le regalas a todos lo mismo?

—¡No! ¡En lo absoluto! No es igual comprarle algo a usted, que a Guido.

—¿Y qué le darías a él?

—Bueno, Méndez es todo un personaje... Creo que en su caso se aplica el método que usted tiene con las damas. Sí... Estoy segura que lograría conmovirlo si le regalara la fragancia que usa... Pero como mi nariz está muy ocupada en otras cosas, y mi presupuesto es mínimo, semejante obsequio sería imposible. Bueno, para ser franca, no creo que haya mucho que a él le guste, y que yo pueda pagar...

—¿Y si el dinero no fuera problema?

—Le regalaría un fin de semana en un spa del exterior, para que pudiera descansar, sin que lo molestaran sus admiradoras.

Paula hizo una pausa, pero luego, sonriendo con malicia, agregó.

—Por supuesto que antes tomaría la precaución de pagarle a alguien para que lo reconociera en el aeropuerto. El ego de Guido es un poco frágil, y queremos que descanse, y no que se traumatice...

Cárdenas rió con ganas.

—¿Y a Bruno?

—La vida de Bruno es el periodismo.

—La mía también.

—Eso no es cierto. A usted le gusta la literatura, el cine, la música, la sociología..., ¡un millón de cosas! A él, en cambio...

—A él también le gusta el cine.

—Lo imagino: “Rambo”, “La guerra de las Galaxias”, “Terminator”... Apuesto que “Matrix” le resultó un poco complicada... Así que si tuviera que regalarle un video, sería “El Padrino”, pero estoy segura de que ya lo tiene en todas sus versiones... Por supuesto que, descartando el cine, podría recurrir al viejo truco del deporte: fútbol, automovilismo, boxeo... Pero esos son los únicos de los que no sé nada... No... Su regalo ideal sería también un libro. Aunque tendría que tratarse de una novedad. ¡El último de periodismo que hubiera salido!...

—¿Y a Olivia?

—No sé. No la conozco tanto... Pero no me puedo imaginar lo que usted le regala en cada cumpleaños. Porque dudo que pueda repetir el truco del perfume para siempre.

—Te confieso que el primer año tuvo el suyo, pero luego nuestra relación se volvió todavía más impersonal. Ahora es sólo un cheque.

—Pésima idea. Debe dolerle como una cachetada. Para nosotras las mujeres, no existe tal cosa como una “relación impersonal”.

—Te dije que no soy bueno para los regalos.

Se produjo un silencio, y Paula volvió a bostezar.

—¿Está seguro que la máquina de fax funciona, no?

—Ya va a llegar, mujer, no te impacientes...

Paula retornó a sus papeles, y no pudo evitar otro bostezo.

Y entonces sintió como la mirada de él la recorría en forma insolente.

—¿Make up sex? —le preguntó su jefe con descaro.

—¡¿Cómo?!

—“Make up sex”... Significa...

—Sé lo que quiere decir. Lo que no entiendo es porque usted lo aplica en una sentencia, mirándome a mí.

—¡Vamos, Berta! Estás demasiado cansada, y hoy no revisaste tu celular en todo el día. Es obvio que estuviste hasta tarde con tu Clark Kent, y me pareció lógico pensar que tu agotamiento se debe a un buen y delicioso “sexo de reconciliación”. Por cierto, la mejor parte de una pelea.

Una rabia ciega comenzó a invadir a Paula. ¡Así era siempre con su jefe! Como en una montaña rusa, el ochenta por ciento del viaje era fascinante y encantador, pero el veinte restante, le producía náuseas.

—Oiga, Cárdenas... —comenzó a decir, furibunda. Pero de inmediato se detuvo. No era ese el tipo de conversación

que quería sostener con él. Demasiado peligroso. Así que se limitó a agregar— ¿Está seguro que funciona el fax, no?

—¿Sabes, Berta? Eres una de las personas más inteligentes que conozco..., pero, lamentablemente, además eres una mujer muy necia. Incluso me atrevería a decir que la más necia de todas las mujeres con las que he estado. Y, créeme, a esta altura de mi vida, ya he estado con demasiadas.

—¿Por qué siempre que me halaga quiero asesinarlo?

—Otra cualquiera, con tu culo y tu inteligencia, ya habría conquistado el mundo...

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Vamos! Te bastaría con tu cuerpo para ser rica, y tú lo sabes. A las mujeres, la razón o el buen juicio, no les alcanzan para que las consideren. Además tienen que ser hermosas. Tú lo eres, y lo sabes muy bien... Por eso puedes darte el lujo de ese orgullo horrible que tienes.

Paula sintió un escalofrío por su cuerpo. La adrenalina comenzaba a fluir en su interior. Estaba en la parte más alta del recorrido, y el paisaje era embriagante. Pero de inmediato miles de señales de peligro se encendieron en su mente, y se preparó una vez más para la abrupta caída.

—Ese es un estúpido comentario machista —respondió.

—Machista sería si yo lo hubiera inventado. Pero es una simple apreciación de la realidad. A una mujer con tu cuerpo y tu inteligencia le es más fácil... Y tú lo sabes.

—A mi no me es más fácil.

—Ese es justamente mi punto: no te es fácil, porque eres una necia...

—Usted confunde ser una necia, con tener dignidad.

—¿Dignidad?... No sé de cual paraíso bajaste, Berta, pero para comprar un poco de dignidad en este mundo se requiere de mucho dinero. Y para tenerlo, primero hay que saber invertir.

—Yo sé invertir muy bien. El problema es que usted y yo ahorramos en distintos bancos.

—¿Y cuál es el tuyo?

—Uno que queda en ese paraíso del que bajé... ¿Quiere que llame por teléfono a Olivia, y le pregunte si ya envió el fax?

Desde el otro lado del escritorio, Cárdenas la observó con descaro. Pero no como solía hacerlo, sino con aquella mirada lasciva propia de un hombre en celo.

—¿Qué es lo que hay que hacer para meterse en tu braga, Berta?

Paula levantó la cabeza electrizada.

—Voy a hacer de cuenta que no lo escuché.

—¿Por qué? —respondió él, con enojo.

—Usted se aprovecha porque necesito el trabajo. Sabe que, de ser otra la situación, le hubiera dado vuelta la cara de un sopapo.

—Y con esa respuesta has demostrado mi punto: no hay hombres mentirosos, sino mujeres a las que les gusta que les mientan.

—No entiendo...

—Desde que Guido te conoció, cada vez que te ve es obvio que está pensando el mejor método para meterse en tu braga. Lo mismo ocurre con Bruno... ¡Y hasta con el portero del edificio!... ¿O acaso no te diste cuenta que hoy, mientras no estabas, peleamos por eso?

—¿Pelearon por mí?!

—Olivia ya está cansada de ver a “Dumb and Dumber” hacer el ridículo cada vez que te acercas. Tú, en cambio, juegas con ellos, encantada. Claro, ninguno de los dos se atrevería a ser franco contigo, y preguntarte lo que yo... Y hacen bien, porque, por lo visto, a pesar de lo que pregonas, eres incapaz de soportar tanta sinceridad...

La máquina de fax se activó, pero no le hicieron caso, ocupados como estaban tratando de intimidarse mutuamente con la mirada.

—Si lo que quiere saber es como puede hacer usted para... —comenzó a decir ella al fin, con un tono que no anticipaba nada bueno.

Pero Cárdenas se ahorró a si mismo la vergüenza, interrumpiéndola de inmediato.

—No se trata de mí. Yo soy sólo un periodista. El tipo que pregunta lo que los demás no se atreven.

—Pues entonces puede decirles a “Dumb, Dumber and Dumbest”...

—¿Dumbest?... ¿Te refieres a mí? ¿Crees que yo soy el más tonto?

—Me refiero al que sea. Da igual. Lo importante es que, por si no se han dado cuenta, estoy totalmente fuera de su alcance. No me gusta jugar sus juegos.

—Mi pregunta fue simple, y la estás evadiendo. Como todos, a ti también te cuesta ser sincera a la hora de...

—Matrimonio.

—¡¿Qué?!

—¿Quería una respuesta directa, no?... En lo que a mí respecta, sin matrimonio, no hay sexo. Y al que no le guste..., no es mi problema.

—¡Eres una falsa, Berta!... ¿Me quieres hacer creer que llegaste a tu boda virgen?

—Crea lo que quiera.

—Bueno, en realidad, tengo entendido que te casaste muy joven... Y lo hiciste en un pueblo, así que...

—¡Mendoza es una gran ciudad!

—Como sea... Sí... Concedo que te hayas casado virgen...

—No sabe como me alivia —replicó ella con sarcasmo.

—Pero ya hace más de dos años que murió tu marido... No pretenderás que crea que...

Paula lo observó furibunda, pero Ezequiel no se intimidó.

—No eres del tipo de mujer que pueda permanecer tanto tiempo sin sexo... Tienes que estar mintiendo.

—¿Piensa que todos somos mentirosos como usted?

—¡Ya te he dicho que no soy un mentiroso!... Y que me ataques no nos acerca a la verdad...

—¿Lo avergüenza que alguien pueda tener principios, y ajustarse a ellos?

Envuelto en furia, Cárdenas se puso de pie, y comenzó a avanzar en dirección a la muchacha. Paula temblaba por dentro, aunque todavía podía mantener su gesto desafiante. Pero, ¿por cuanto tiempo?

Desvió la mirada en busca de una tabla de salvación... Y entonces la encontró.

—Señor... Llegó el fax.

Ezequiel se detuvo, y la observó confundido. Por unos segundos dudó, pero luego tomó el papel.

—No hay nada para corregir —informó, después de haberlo leído—. Va como está a impresión

—Entonces puedo irme —se apuró a proclamar ella, mientras tomaba sus cosas.

Cárdenas, a unos pasos de distancia, todavía la observaba, pero sin detenerla.

Fue Paula la que, cuando ya casi estaba en la salida, agregó.

—Sabe... Si tuviera mucho dinero, no le regalaría el libro. No... Le compraría un equipo para que pudiera escalar el Aconcagua.

—Y rezarías todos los días para que me despeñara.

—Lo digo en serio... Realmente es una gran experiencia... Yo sólo pude hacerlo por el lado más transitado. Jamás me animé al otro... Pero aún así, alcanzar la cima es increíble... Es curioso lo que ocurre por dentro cuando se está allá arriba... Claro que hay gente que piensa “He llegado. Soy el rey del mundo”, y baja exactamente como subió. ¡Idiotas hay en todos lados!... Pero los otros..., los que pueden entender...

—¿Crees que yo entendería?

—No tengo ni la más remota idea... Pero valdría la pena invertir tanto dinero como para averiguarlo, ¿no le parece?

* * *

Paula se abrió paso entre la numerosa concurrencia, y corrió hasta el mostrador más cercano, preocupada.

—Perdón, podría decirme...

—Hola, Paula.

La joven levantó la cabeza, sólo para encontrarse con su amiga, que la miraba, resplandeciente.

—¡Greta! Me llegó tu mensaje. Decía que te sentías muy mal.

—¡Y es así! Me siento horrible... No me gusta hacerle esto a López... Pero, ¡qué remedio! ¡No sabes los bombones que nos están aguardando!

—¡No puedo creerlo! —se enfureció su compañera—. ¡Me has mentido!

—¡No lo hice! Te dije que me sentía mal, y es cierto. Sólo que no de la manera en que pensaste.

—No quiero más citas a ciegas. Creí que eso ya había quedado claro.

—Claudio y su amigo son especiales.

—Mejor me voy —dijo la otra, impiadosa.

Pero bastó darse vuelta, para quedar atrapada por una pared de grasa.

—Hola Greta... ¿Esta es tu amiga?

—Sí.

—¡No! —bramó Paula—. Su ex-amiga.

Pero luego de más de diez horas de trabajo en lo de Cárdenas, la muchacha ya estaba demasiado cansada como para oponerse a su triste destino... En realidad, ya estaba demasiado cansada como para cualquier cosa. De lunes a jueves la absorbían sus tareas de periodista, las compras, y la cocina. Pero los viernes tenía que ponerse al día con los más de cuatrocientos metros cuadrados del departamento de su jefe. Y si bien era cierto que casi el ochenta por ciento de la superficie no se usaba durante la semana, y que la ventilación forzada impedía la acumulación del polvo, Paula sentía que la tarea comenzaba a desbordarla. Cárdenas colaboraba, por supuesto... Pero eso era todavía peor. Porque sentirlo trajinar alrededor suyo la hacía extrañar a Bru hasta el delirio. Tenía nostalgias de aquella deliciosa intimidad que habían compartido durante más de cinco años. Las horas en que se mezclaban el trabajo, la casa, el juego y la sensualidad, en una perfecta armonía... Sí, extrañaba tanto a su marido, que últimamente no dejaba de soñar con él. Y como cuando él vivía, no era raro que se despertara mojada por tanta excitación y deseo...

Claro que después tenía que ir a casa de Cárdenas, y...

Sí... Compartir con su jefe lo cotidiano la estaba haciendo enloquecer.

—¡Niños!... ¡Niños!... No se peleen. Hay suficiente Greta para los dos.

La voz de su amiga sacó a Paula de su ensoñación. Como ocurría siempre, los idiotas de turno estaban peleando por ver cual de ellos se quedaba con el premio mayor. ¿Se sentiría Olivia Vieytes, en casa de Cárdenas, como ella ahora? De ser así, era bastante comprensible su enojo. Convertirse en el premio consuelo no era bueno para el ego de nadie.

Al fin la situación se aclaró entre aquellos dos pelmazos, y, por supuesto, a ella le tocó el más bajo, con la pelada incipiente. Claro que Paula no era del tipo de mujer a la cual le importara demasiado el aspecto de un hombre. Faltándole a ella misma unos pocos años para los treinta, ya se había acostumbrado a ver cabezas ralas y abdómenes prominentes en sus compañeros eventuales. Tampoco se asustaba por una nariz con personalidad propia, lentes gruesos, u orejas como parabólicas, porque para ella, bien mirado, todo hombre tenía su gracia y su encanto. Pero quizás por haberle dedicado tanto tiempo al deporte, no había nada que la atrajera más del sexo opuesto que una musculatura bien formada. Un cuerpo esculpido era, a sus ojos, signo de virilidad y carácter. Así que, por culpa de aquel prejuicio, ese espécimen que tenía enfrente, de contextura y peso regular, pero completamente fofo y con grasa hasta en el cerebro, le parecía muy poco estimulante.

—Perfiles de P.V.C... ¿Sabes lo que es eso?

—Algo que se usa para la construcción, ¿no?... Puertas, ventanas...

—Pero de P.V.C... El milagro de la ciencia moderna. ¡Son maravillosos! Livianos, inalterables... ¡Y salen al mejor precio! Ayer mismo...

Paula suspiró. ¡A aquel fulano realmente le entusiasmaba su oficio! Y más insistía él en alabar los malditos perfiles, más se espantaba la muchacha al ver el suyo, mullido y acolchonado. Una y otra vez volvía a su memoria la famosa prosa de Juan Ramón Jiménez: *“Platero es un burro blando, peludo y suave...”*

Se enojó consigo misma. ¿Podía ser tan hueca como para juzgar al pobre tipo sólo por aquel defecto?

Decidió darle otra oportunidad.

—Y además de vender perfiles, ¿qué otra cosa te gusta?

—Los autos. Sigo todas las competencias de turismo carretera.

—Ah... Sí, son divertidas. Varias veces acompañé a mi marido a ver alguna.

—¿Eres divorciada?... ¡¿No tendrás hijos, no?!

—Soy viuda. Y no, no tengo hijos. ¿Te molestan los niños?

—Las mujeres con hijos son siempre un fastidio. Hay que hacer las cosas en tiempo record, antes de que se vaya la niñera.

—“Hacer las cosas”... ¿A qué te refieres?

—Tú sabes... Sexo.

Bueno, al menos el tipo era sincero. Aunque tenía que acordar con Cárdenas que tanta franqueza resultaba un tanto insultante.

—Así que no te gusta la idea de hacerte cargo de hijos ajenos, si la relación termina derivando en algo serio.

—¡Guau, guau, guau, muchachita! ¡Stop! Pon el freno de mano. No soy del tipo “relaciones serias”. Soy demasiado joven, y tengo todavía mucho por vivir.

—Entonces vamos mal, porque yo soy del tipo “únicamente en serio”.

—¡Putas que lo parió!... Me lo imaginé ni bien te vi... ¡Qué mierda!

—Lo lamento... Pero si quieres irte, no me ofendo... —sugirió, ilusionada.

—No, está bien... Además, a esta hora ya no puedo ligar a otra.

—¿Cuántos años tienes, Claudio?

—Veintiocho.

—¡Vamos!

—¿Quieres que te muestre el documento?

—Sí.

El tipo la observó con encono.

—Está bien. Tengo treinta y tres.

—¿Vives por aquí?

—Tengo una casa inmensa en Adrogué.

—Ah... Todavía vives con tus padres.

—¿De dónde sacaste eso?!

—Se nota a la legua que eres soltero. Vendiendo perfiles no puedes ganar tanto, y, aún cuando hubieras heredado la casa, de estar allí sin compañía, te hubieras deshecho de ella de inmediato. Una propiedad grande conlleva demasiado esfuerzo, y no pareces del tipo que esté interesado en hacerlo.

—¿Qué eres? ¿Investigador privado?

—Aspirante a periodista.

—Es cierto, vivo con mis padres —confesó de mal modo—, pero sólo lo hago por estrategia.

—¿Estrategia?

—No me falta nada, y como mi cuarto está arriba de la cochera, separado del resto de la casa, tengo absoluta privacidad. ¿Para qué necesito más?

A Paula se le ocurrían un millón de respuestas para esa pregunta, pero calló.

—Y gracias a que no gasto en vivienda —continuó aquel galán, inmune a la cara de aburrimiento de su compañera—, he podido comprar el “botecito” que tengo en la puerta.

—Buen auto. Debe costar como cien mil pesos, ¿no?

—¡Ciento treinta y siete mil, barato, barato!... Hipotequé hasta el alma, pero vale la pena.

“De seguro tu alma no debe valer mucho más”, reflexionó Paula, amargada. Pero de inmediato se arrepintió de haber pensado tamaña barbaridad.

Volvió a observar al muchacho. Finalmente había dado con la sinceridad que buscaba en un hombre, pero, por desgracia, en el peor de los envases.

—Dime, Claudio... No pude evitar darme cuenta que, al llegar, pelearon con tu amigo por Greta... Sé que habitualmente no se preguntan estas cosas, pero... Alguien me hizo un comentario, y tengo curiosidad... Y como es muy probable que tú y yo no volvamos a vernos nunca más...

—¿Qué quieres saber?

—¿Te parezco linda?

—Normal... Como todas.

—Greta te gusta más.

—¡No puedes compararte! Ella “sí” tiene tetas. ¡Y un culo!... Y su cara tampoco es fea.

—¿Tampoco es fea?! Greta es una de las mujeres más hermosas que conozco. Pocas veces he visto ojos más bellos...

Por un brevísimo instante Paula pudo sentir la caricia de la mirada de Cárdenas, pero de inmediato su compañero la volvió a la realidad.

—¿Eres gay?

—¿Qué?

—Si eres tortillera... ¡Si estás enamorada de Greta!

—¡No!... Pero puedo juzgar la belleza de la gente, ¿no te parece?.. A ver, en una escala del uno al diez, físicamente, ¿con cuánto te calificarías tú?

—No sé... Supongo que ocho, o nueve.

—¡Ocho, o nueve! —replicó ella, divertida.

—¡No seas bruja! ¿Quieres vengarte de mí porque dije que me gustaba tu amiga?

—¡No!... Pero, seamos sinceros, Claudio... Si alguien como Guido Méndez es un diez...

—¿Guido Méndez? ¿El periodista de “Rompiendo las Pelotas”?

—Sí... Él.

—¡No seas inocente! Ese tipo no existe. Los de la televisión no son hombres reales.

—Pues este lo es, y mucho. Trabajo junto a él todos los días, y visto de cerca es todavía mejor que en la pantalla.

—¿Trabajas con él?

—Sí... Y, de verdad, no comprendo qué ocurre con ustedes los hombres. Es cierto que cada uno puede tener gustos distintos... Pero es bastante raro pensar que yo pueda gustarle tanto a un tipo de diez, como Guido, como para insistir cada vez que lo rechazo, mientras que tú...

—¡Guau, guau, guau! ¡Stop! ¿Crees que soy pelotudo? ¡Guido Méndez está totalmente fuera de tu alcance!

—Y eso me lo dice un tipo que, del uno al diez, ni siquiera califica —murmuró la niña para sí.

Pero su galán la escuchó.

—No seas perra. Por supuesto que califico. ¡Y Guido Méndez nunca se fijaría en ti!

—¡Vaya!

Para Paula aquello ya era una cuestión de orgullo, así que se dirigió directamente a su amiga.

—Greta... ¿A qué tipo he rechazado últimamente?

—A Ezequiel Cárdenas. Pero eso no es nada para lucirse. Ya te dije que estás loca.

—¿A Ezequiel Cárdenas?! —se maravillaron ambos hombre al unísono.

Por el contrario, Paula se enojó.

—¡Cárdenas nunca me invitó a salir!

—Pero te dijo que le gustaba tu culo.

—¡Greta! —se espantó Paula, y de inmediato la reconvino en voz baja —Eso te lo conté sólo a ti.

—Igual eres una tonta.

—Pero yo me refería al tipo que rechacé tres veces.

—Ah... Guido Méndez.

—¿Guido Méndez?! —volvieron a exclamar los varones, mientras comenzaban a observar a Paula y su culo de forma impúdica.

—No me extraña —se apuró a decir Agustín, el compañero de Greta, con tono baboso—. Eres espectacular.

—Igual que como era cuando entré aquí —reflexionó la muchacha, sin coquetería.

Ah... Ahora podía entender. Ya fuera “Diez, la mujer perfecta”, o “Cero, la novia de Chucky”, bastaba que un

famoso posara su vista en ella, para trepar al tope del ranking. ¡Con que así eran las cosas!

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —insistió el tipo.

—No te gastes. Si rechacé a Guido, tú no tienes oportunidad.

—¡Has visto! ¡Es una bruja! —se quejó Claudio con su amigo— Y así ha sido toda la noche.

Agustín perdió de inmediato todo interés en ella, mientras que Paula renovó las atenciones para con su pareja.

—Déjame entender esto, Claudio, porque es muy importante para mí... Tienes treinta y tres años. Tus músculos se caen tanto como tu cabello. Tu auto de más de cien mil pesos, único capital que posees, se ha depreciado un cincuenta por ciento sólo por sacarlo de la agencia. Tu vida se limita a los perfiles de P.V.C, y, sólo de tanto en tanto, a las competencias de turismo de carretera... Y así y todo, no sólo no buscas con desesperación atrapar a una mujer antes de que las cosas empeoren, sino que te das el lujo de rechazar a las que tienen hijos, o a las que, como yo, son apenas “normales” para ti...

—Que puta, perra, bruja, malcogida, que eres...

—Eso, o quizás soy tu última oportunidad para recapacitar, y comenzar a vivir de verdad tu vida...

—¡Mujeres sobran, estúpida! ¡Ahora, y siempre!... Claro que es inevitable encontrar de tanto en tanto una puta como tú, capaz de rechazar a tipos como Guido Méndez o como yo. Pero, ¿quieres que te diga algo?: ¡no eres tan gran cosa!... ¡Y ya me hartaste!

Aquel hombre pequeño se puso de pie ruidosamente, empujándose.

—Por mí te puedes ir a la mierda, la puta que te parió. Lo último que me faltaba para amargarme la noche era una bruja como tú —Y mirando a su amigo, agregó— ¿Vamos, Agustín?

—Yo... Yo me quedo.

—¡Tú no te quedas nada!

Greta lo observaba, confundida. Y su gesto de desconcierto bastó para enardecer aún más a Claudio, que le habló directamente.

—Y tú, pelotudita... Agustín es el marido de mi prima. Está casado, ¿entiendes?... ¡Te convenía quedarte conmigo, estúpida!

El tal Claudio tomó a su pariente por los hombros, y lo arrastró hacia la salida.

Las muchachas se miraron confundidas, hasta que Greta rompió el silencio.

—Lo lograste otra vez, Paula... No sé como te las ingenias, pero otra vez lo conseguiste.

—Sólo le hice algunas preguntas, y...

—Pero esta es la última vez que me cagas... Ya aprendí mi lección.

—¿Vas a dejar de arrastrarme a citas? —preguntó Paula con inocencia.

Pero la mirada de su amiga la puso a temblar. Había algo en aquel brillo que nunca antes había visto, y que le infundía miedo. Una extraña determinación.

—No... —respondió Greta con la calma que precede a la tormenta—. No te vas a librar tan fácil. Esta vez voy a vengarme.

* * *

—¿Crees que lo va a hacer de verdad?

—¿Vengarse?... De seguro... Aunque espero que sólo queme mi ropa, o algo así... Greta parece buena e inocente, pero a veces...

—¿Buena e inocente?... Parece una puta, que es otra cosa.

Paula observó a Juan Pablo sin ocultar su desagrado.

—¿Y a ti como te fue anoche?

—Como siempre... Tener que cubrir esos eventos de caridad es una verdadera pesadilla.

—De seguro estaba lleno de bellas modelos.

—No soy como tú, Paula. Yo no necesito buscar en otros sitios aquello que tengo tan cerca.

Y diciendo esto la acarició con furia contenida.

La muchacha lo dejó hacer, con un gesto tibio. Era raro sentir el deseo de él, sus ansias. ¿Podría acostumbrarse a esa nueva forma de contacto físico, donde la ternura daba paso a la excitación?

Al darse cuenta que ella no lo rechazaba, Juan Pablo comenzó a acariciar también su cabello, y trepando por él, sus mejillas y sus labios. Con miedo de espantarla, lentamente desplazó su mano, y comenzó a acercar la cara de Paula hacia la suya. Y ya casi estaba por besarla, cuando ella se alejó.

—Todavía no estoy lista.

—Me pregunto si a Cárdenas se la haces tan difícil – comentó él, sin ocultar su decepción.

—Voy a hacer de cuenta que no te he escuchado.

—De todas formas, la mayoría de las veces no lo haces.

—No sé si hacemos bien en seguir viéndonos...

—¿Acaso no son suficientes las horas que pasas con Cárdenas?

—¿Qué te ocurre, Juan Pablo?

—¿Qué te ocurre a ti con él, Paula?... ¿Cuánto estuvimos aquí? ¿Dos horas? Hora y media las perdiste en alabarlo.

—Porque es increíble como periodista.

—Bruno Ríos también, y prácticamente no lo mencionas.

Sí, era cierto. Bruno era un periodista de raza, y hasta Cárdenas lo admiraba.

Paula enrojeció. ¿Qué le estaba ocurriendo con su jefe? ¿Por qué la había complacido tanto aquel comentario grosero acerca de su belleza?

Y bastó pensar aquello para que, irreflexivamente, Paula buscara la boca de Juan Pablo y le diera un beso. A través del reflejo de los lentes, pudo ver los bellos ojos celestes de su amigo, abiertos hasta lo inimaginable, por la sorpresa que le había producido aquel gesto impensado.

Paula se alejó, mientras él la contemplaba, todavía mudo.

—¿Sentiste algo? —le preguntó la muchacha.

—¿Y tú?

—Todavía no estoy lista...

¿Acaso alguna vez iba a estarlo para él?

—Fue una mala idea —insistió ella, ante el silencio de su compañero—. Ya son las siete. ¿Me acompañas a la Misa?

—Te llevo hasta la Iglesia si quieres.

—¿No te vas a quedar?

—Todavía tengo que redactar la nota del sábado.

—¿No estas yendo más a Misa?

—¿Te has vuelto mi conciencia ahora? —le preguntó él en forma agresiva.

Y esta vez fue Paula la que abrió sorprendida sus bellos ojos castaños.

Luego de transitar toda una vida juntos, Juan Pablo se estaba convirtiendo en un completo desconocido para ella. Esas pequeñas explosiones eran como el rumoreo de un volcán a punto de estallar. ¡Y ella que siempre había recorrido su alma como si se tratara de una plácida llanura!

—No te veo bien, Juampi... Creo que la Capital no te sienta. Es evidente que tu trabajo está muy por debajo de tu nivel, y...

—¿Me quieres sacar del medio para quedarte con Cárdenas?

—Estás obsesionado con él.

—Tú lo estás... Y ni siquiera puedes ocultarlo.

La muchacha se quedó pensativa.

—Juampi... Sé que nuestro acuerdo incluía el tratarnos como extraños, pero... ¿puedo ser sincera contigo? Porque me anda faltando un amigo.

—Te escucho.

—Yo también noto que últimamente estoy un poco obsesionada con mi jefe. Estamos todo el día juntos, y tiene algunas cosas que me hacen recordar a Bru.

—Cárdenas no se parece en nada a tu marido.

—¡Lo sé!... Pero no puedo evitar sentirme confundida cuando anda cerca... Estoy preocupada, porque sé que Cárdenas es un mentiroso compulsivo, con un inmenso poder de seducción. Desde que estoy ahí ya le he visto llevar a la cama, y olvidar, a más de treinta mujeres distintas.

—Pero a pesar de que llevas la cuenta, igual te atrae. A él no le darías ese beso avergonzado que acabas de darme a mí. ¡No! A él lo besarías con pasión.

—¡A él no lo besaría de ninguna manera! ¿Me crees tan estúpida como para elegir a semejante mentiroso?

—Uno no elige el amor.

—¡Por favor, Juampi! Estuve casada más de cinco años, ¿lo olvidas?... Ese amor impetuoso del que hablas dura menos que un suspiro. ¡Claro que uno elige! No puedes elegir a quien amar, pero si la manera en que vas a hacerlo... Y si lo que quieres es construir algo serio, deben

esforzarse los dos. Porque, por mucho amor que haya, a la primer pelea te importa un cuerno el romance, y quieres tirar a tu pareja de lo alto de la montaña. Por eso para hablar de matrimonio se necesita más que una simple atracción..., ¡por fuerte que sea!

—¿Tanto te gusta?

—¡No me gusta!... Ya te dije que es inaguantable... Pero cuando está cerca...

—¡Renuncia! Vuelve conmigo a Mendoza. Esta ciudad de mierda nos está enloqueciendo. He hecho cosas aquí de las que nunca hubiera sido capaz... Por favor... Vuélvete conmigo.

—No, Juan Pablo... No puedo. Siento que por fin estoy creciendo. Que tengo una vida propia, y que puedo manejarla.

—Entonces renuncia a tu trabajo. Sabes que tengo dinero de sobra para mantenerte.

—Yo no quiero...

—... sin que eso te obligue a elegirme.

—Es ridículo renunciar a una oportunidad como la que tengo con Cárdenas, por miedo... Sé que puedo manejar la situación con él... Y, además, mi jefe siempre se comportó de la mejor manera conmigo... Nunca...

—¿Nunca?

Paula agachó la cabeza, avergonzada.

¿Nunca?

* * *

—Y de las mediciones del minuto a minuto, surge claramente que el encendido baja en los segmentos en que está sólo Dolores. Es lo que yo digo, Ezequiel... La gente ya está harta de sus boberías de niña rica.

—Si fuera así, Paris Hilton se pudriría en la cárcel sin que nadie se hubiera enterado. La riqueza y el poder atraen. Y, digas lo que digas, Guido, la muchacha todavía tiene su encanto para nuestro público —defendió Olivia a su colega.

—Yo coincido con Méndez... La verdad es que Dolores está cada día más tonta —se quejó Cárdenas—. La otra vez tuvo la exclusiva con la primera dama por cinco minutos. Todos se morían por confirmar los rumores de divorcio, pero ella, no. Por el contrario, los desperdició preguntándole por su modisto. ¡Me tiene hartos! Pero no sé con quien reemplazarla. No es fácil. Tendría que ser mujer, hermosa, inteligente, hablar al menos dos idiomas...

La vista de Ezequiel se desvió hacia Paula, que, ajena a la conversación, estaba sirviendo el café a unos pasos de distancia.

Pero Olivia Vieytes se interpuso de inmediato.

—¡Ni lo pienses!

—¿Sería fabuloso! —se entusiasmó Guido.

—¿Cuántos idiomas hablas? —le preguntó Bruno a la muchacha, por encima de los demás.

—¿Yo? —se sorprendió Paula.

Y de inmediato contempló la cara de circunstancia de aquellos cuatro. ¡Estaba visto que no podía alejarse ni un minuto!

—Ninguno —mintió.

—Inglés, francés e italiano —respondió Cárdenas por ella.

La joven lo observó, sorprendida.

—Eso decías en tu solicitud de empleo.

—No quiere decir nada. Uno siempre miente en esas cosas —comentó Olivia con nerviosismo.

—Berta nunca miente —replicó su jefe, mientras clavaba en su asistente esa mirada que la ponía a temblar— ¿No es cierto? —le preguntó con malicia.

—¿Quieren que traduzca algo?

—Pensamos que serías buena para... —comenzó a explicar Guido, pero Cárdenas lo interrumpió de inmediato.

—Nada. No pensamos nada. Queríamos saber, simplemente.

Olivia observó a su jefe con una mezcla de satisfacción y agradecimiento.

Paula, en cambio, volvió al escritorio y repartió los cafés que llevaba en la bandeja, sin averiguar más.

—Creo que con esto terminamos, ¿no? —preguntó Bruno, a quien se le hacía tarde para su partido de tenis.

—¿Puedo demorarlos unos segundos más?

Cuatro pares de ojos se clavaron en Paula, al oírla. Generalmente la joven tenía un papel secundario en aquellas reuniones, escuchando a todos con respeto, y cuidándose de hablar, a menos que fuera necesario.

—Tú dirás, Berta.

—El señor Cárdenas me dijo que el último jueves estuvieron haciendo algunos comentarios en mi ausencia.

Ahora aquellos cuatro pares de ojos se miraron entre sí, confundidos.

—Quiero dejar esto en claro, para no tener que hablar sobre el asunto nunca más... No tengo intenciones de acostarme con ninguno de ustedes, por ningún motivo.

—Pero Paula... —intentó defenderse Guido.

—Y no lo digo porque esté menstruando...

Ezequiel y Bruno se miraron sin entender, pero Guido agachó la cabeza, mientras Olivia sonreía.

—Y por cierto, me molesta que me hables todo el tiempo de eso, Guido. Todo bien contigo, y los demás. Son muy lindos, y otra en mi lugar estaría encantada con sus atenciones. Pero como yo soy una especie de fanática religiosa, y estoy convencida de que el diablo me va a torturar por toda la eternidad si tengo sexo sin casarme, no voy a cambiar de idea... Así que, a menos que alguno de ustedes esté considerando seriamente hacerme una propuesta matrimonial...

La muchacha miró a aquellos varones, uno a uno, fingiendo seriedad, y luego continuó.

—¿No?... Como lo pensé.

Cárdenas sonreía, encantado, mientras que los demás se miraban entre sí, confundidos.

—Ah, y en cuanto a ti, Olivia... Somos las únicas mujeres en medio de tanto testosterona. Si algo vuelve a molestarte, te pido que me lo digas en la cara. Acepto tu amistad, o tu odio, en tanto lo hagas de frente... Bueno. No quiero demorarlos más, y, si me disculpan, tengo mucho que hacer en la cocina. Buenas tardes.

Los tres caballeros perdieron su mirada en el movimiento leve del culo firme de Paula, mientras la observaban retirarse, embelesados.

—Apuesto que, a pesar de que lo negó, está así porque le vino —fue la conclusión de Méndez.

Y nadie lo refutó.

Las once y cuarto de la noche...

Desde su última crisis, Buenos Aires se había convertido en una ciudad peligrosa. De noche los “cartoneros” hallaban en la basura su sustento; los más jóvenes pululaban en busca de alcohol o drogas; las prostitutas y los travestis se paseaban desnudos vendiendo su mercadería; los malabaristas y los vendedores ambulantes se agolpaban en los semáforos, tratando vanamente de atraer la atención de los automovilistas que, desafiando las leyes de la gravedad y el buen juicio, exponían a los paseantes al resentimiento que habían acumulado a lo largo del día.

Sí, Buenos Aires se había convertido en una ciudad peligrosa. Por cierto, no más que cualquier otra gran urbe del mundo. Pero como el cambio había sido repentino, luego de muchos años de relativa paz, tanta malignidad no dejaba de sorprender a los porteños.

A Paula, en cambio, aquella locura la asustaba. Mendoza era muy distinta. Allí siempre se había sentido protegida.

Volvió a mirar su reloj. Las once y media. Alejada del centro, la joven podía escuchar el ruido de sus propios pasos. ¡Odiaba tener que quedarse hasta tan tarde en casa de Cárdenas!

Primero, porque siempre llegaba allí demasiado temprano, (¡cada día más!), así que a partir del atardecer comenzaba a sentir el peso del cansancio. Pero, además,

porque los otros solían retirarse antes de las nueve, por lo que el tiempo restante debía transcurrirlo en una extraña intimidad con su jefe. Aquella noche en particular, Cárdenas había insistido en preparar la comida, mientras ella, sentada a poca distancia, leía en voz alta la nota acerca de la crisis del sistema financiero, para que pudieran corregirla juntos. Por algún motivo que no terminaba de desentrañar, su jefe era increíblemente hábil con las cosas de la casa, y un excelente cocinero. Claro que algunas veces discutían sobre la preparación de una receta en particular. Paula lo dejaba dar cátedra sin interrumpirlo, y después se las ingeniaba para alterar el plato a su antojo. Y si bien aquellas cenas que los tenían por únicos protagonistas solían efectuarse en la cocina, entre papeles, teléfonos y laptops, la de aquella noche había sido muy distinta. Cárdenas había insistido en poner la mesa en el comedor, con toda la pompa. Incluso había encendido unas velas. Paula, a quien le había ordenado que continuara leyendo, observaba de tanto en tanto su trajinar, confundida.

Por fin su jefe le había quitado los papeles de la mano, obligándola a tomar asiento a su lado.

—Estás a punto de probar el mejor lomo de cerdo que hayas comido en tu vida. Tienes que concentrarte en la textura de la carne, y el aroma de la salsa. Esto no se come apurado, así que no lo tragues..., ¡paladéalo!.

Aquella noche, por primera vez desde que trabajaba en ese bello departamento, la joven había permanecido más de

una hora sentada frente a su jefe, separada de él sólo por la tenue luz de una vela, sin otra cosa que hacer más que saborear aquel plato delicioso, y dejarse desvestir por sus ojos restallantes.

Al principio había sido horrible. ¡Los cinco minutos más incómodos de su vida!

Pero pasado aquel impacto inicial, todo se había vuelto aún peor. Porque la charla había surgido de inmediato entre los dos, espontánea, cálida..., fascinante... ¡Un espanto! Cárdenas era un verdadero seductor, muy capaz de ocultar su veinte por ciento detestable, para dar paso a aquel hombre encantador, simple y sin pretensiones que era cuando no estaba actuando como un estúpido machista. ¡Horrendo!

Sí. Aquella noche había ido todo mal. Porque, para colmo, su jefe había insistido en ayudarla a lavar los platos. Y Paula había tenido que soportar el roce de aquel cuerpo viril y musculoso, una y otra vez. ¡Mal, muy mal!

Claro que había rechazado de lleno su ofrecimiento para llevarla a casa. No quería establecer ese tipo de precedentes. Sabía a la perfección como eran las cosas con aquel seductor: primero hasta se tomaba el trabajo de oler el perfume de una, para luego acabar regalando un triste cheque.

Pero ahora, siendo las once y cuarenta y cinco de la noche, de un día jueves, Paula comenzaba a inquietarse. La calle estaba desierta, y, sin embargo, le parecía escuchar

una respiración entrecortada muy cerca suyo. Desde hacía un tiempo que tenía la impresión de que la seguían. Y, en verdad, su vida debía ser un desastre, porque se le ocurrían al menos tres personas que podían estar haciéndolo.

Paula se detuvo. Otra vez aquella respiración.

Descartando el hecho de que en una de cada ocho casas argentinas había un arma de fuego, y que la tasa de delitos había trepado de forma alarmante, (Buenos Aires incluso importaba droga y delincuencia de sus países vecinos), la joven no tenía que pensar mucho para sentirse en peligro.

No. Había demasiadas cosas raras en su vida como para dejarse arrastrar además por la paranoia de los noticieros. Juan Pablo, sin ir más lejos. Por muy extraño que le resultara, él siempre sabía cosas de ella que nadie podía haberle contado. Por ejemplo, cuando se habían visto el domingo, había criticado el auto de Claudio, el idiota con que Greta la había emparejado el día anterior. ¿Cómo podía haberlo visto, a menos que la hubiera seguido?

Pero tampoco podía descartar a su compañera de departamento. Ella había jurado vengarse y, desde aquel sábado cruel, la miraba con resentimiento. Claro que Greta era buena, pero también, a no dudarlo, un tanto desquiciada. Incluso ella misma lo había escrito en el anuncio a través del cual se habían conocido: *“Bella modelo, loca de remate, busca compartir departamento y gastos con muchacha solvente y ordenada”*.

Pero además de Juan Pablo y Greta, quedaba todavía la posibilidad de que el loco con el que había cenado un mes atrás, el tipo que acumulaba órdenes de restricción, se las hubiera ingeniado para rastrear sus pasos.

Un ruido fuerte sacó a la muchacha de sus cavilaciones. ¿Qué había sido eso?

Paula se dio vuelta, dispuesta a echar a correr, pero ya era demasiado tarde. El filo de un cuchillo apretó sin piedad su garganta.

Y ya no pudo pensar más.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

A través de mis ojos

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite*

<http://www.claravoghan.com.ar/>

Una novela romántica diferente.